

Strejilevich, Nora. *Una sola muerte numerosa* Miami: University of Miami, 1997. 201 pág.

Conozco el caso de una muchacha que estuvo en el mismo campo de concentración de su hermano, en el mismo momento. Ella sobrevivió, su hermano no. Cuánto tiempo, mientras viva, va a pensar: ¿por qué no nos dejaron abrazarnos? Ojalá esa pregunta subsista durante varias generaciones (189)

Con uno de los testimonios del testimonio, quiero empezar la reseña de un libro que leí por azar, *Una sola muerte numerosa* (Miami: University of Miami, 1997), de Nora Strejilevich, ganadora del concurso literario "Letras de Oro," de enero de 1996 convocado por la Universidad de Miami. Una de esas casualidades "mágicas," como gusta explicar la cultura argentina después, y hasta muy probablemente antes de Cortázar.

Este es un texto infinitamente suave sobre los campos de concentración de detenidos en la Argentina. En él, los opuestos se enredan y desenredan, como se enredan y desenredan las palabras, el "no querer hablar" con el "querer hablar," el recuerdo con el olvido. ¿Qué olvidar y qué recordar cuándo? En el momento de la detención, como en muchos otros subsiguientes, una de las voces dice: "No tengo ganas de hablar. No sé de qué puedo hablar con tres policías. No contesto. En la puerta de casa, dos pares de brazos me alzan. Sonríe, segura, entre sus brazos. Revoloteo como la mariposa de mi globo, sin parar" (108). En el momento del reencuentro familiar, después de la desaparición, una voz dice: "Mamá se me acerca y me ve las cicatrices, que se resisten a salir con esponja y jabón. Recuerdo sus manos en las nervaduras de mi piel. Mi piel es lo único que ha cambiado en estos días" (108). La niñez amable se vuelve a revivir con dulzura y alivio en el "nido de agua" que le preparan en su casa a una de las tantas detenidas quien, al salir del campo de detención, se sumerge "en la tibieza de la bañera y de sus palabras" (108), de las palabras de su madre. Unas palabras frente a otras palabras.

*Una sola muerte numerosa* es en verdad una sola muerte numerosa; esto es, el relato entrecortado de cuantas como tantas voces que en testimonios escritos y orales recuerdan un momento inolvidable de la historia de un país, Argentina, en la que las fuerzas de tarea y el terrorismo de estado se ensañaron en el cuerpo social de todos los vivos vivos y de todos los vivos muertos. Por eso es que no hay "yo" singular en este relato, sino uno colectivo, el nosotros de esa sola muerte, esa sola tortura, esa sola pena, y ese solo afecto, uno solo todo. El yo es un nosotros (con)fundido en historia e historias en la que se pierde toda identidad individual, en la que la identidad individual es inconmensurable con la colectiva. Fragmentos de relato cuentan la historia en los testimonios, pero también en los periódicos, en los decires, en los partes, en los juicios, en los documentos de migración, en *Nunca Más*,

*Dossier Secreto, Rebelión y esperanza.* Ahí están todos, judíos y cristianos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, casados y solteros.

No hay historia lineal en este relato. Una serie de fragmentos entrecortados hablan la misma historia, que no se contradice sino que se continúa y entrelaza en los cuentos; que da vuelta y revuelta y se enrolla, se interrumpe también hasta dejarse sin término y acostumbrar al lector a una historia sin fin que se prolonga al revés, de los hijos en las madres, y luego de las madres en los nietos, en un hilo que se va desvaneciendo con los años, en los que la vida, de ser presencia viene a ser primero ausencia y después recuerdo y luego hasta olvido—historia y no memoria.

No hay coherencia, sólo fragmentos, hilachos, retazos, pedazos, un cuerpo textual desmembrado. No hay manera, pues, de identificarse con un solo protagonista, de hacer del interrogado personaje, de seguirle la pista a uno solo desde el primer incidente hasta el último para así simular, perseguir, o armar la coherencia de la individualidad. Todo se pierde en la no identidad, en el anonimato del desaparecido, condición descriptiva y prescriptiva del estado policial. Aunque los nombres propios de los propios—Gerardo, Abel, Hugo, Kerrie, Olga; y de los ajenos, los torturadores—Pocavida, Alacrán, Ratón, Patán, Candado, Chacal, Angelito—no falten.

La posibilidad de lecturas miméticas, de vivir a través de otros entes fictivos, de papel y letra impresa, están vedadas. No se puede fantasear nada con esta literatura; no se puede pretender ser lo que uno no es, vivir interpósita persona, experimentar la catarsis. Quiebra entonces este relato con la noción misma de relato, tanto como, o a la vez que con la ilusión de una significación colectiva a partir de un personaje principal—fictivo, como en la novela; testimoniado, como en el testimonio.

Todo queda entreverado, entrelazado a la vez que entrecortado. Todo se mezcla en una sola cosa, la infancia, la juventud, la madurez, la familia y la soledad, las rimas infantiles y el interrogatorio, los poemas patrios y los poemas personales, los padres y los hijos, los amigos y los torturadores, todos en un mismo plano convergente. La risa y el dolor, la confianza y la sospecha, el milagro y lo cotidiano, el hospital y el campo de detención, salir y entrar y salir y volver a entrar, salir unos y entrar otros es precisamente la idea de una sola colectividad. Mas, la mayor virtud de este escrito es que todo está dicho con mesura, sin aspavientos, sin exageraciones; todo en su justa proporción. Los testimonios del testimonio son narrados desde la calma. Hasta las emociones hondas del lector han de ser medidas; el llanto, suave.

→ Mas, pronto, los hábitos de lectura empiezan a pedir más; van exigiendo más de la que narra, de los que narran. ¿Más tortura o más familia? ¿Más desafecto o más afecto? ¿Más sadismo o más amor? Más. No queremos que el flujo se interrumpa. Queremos que nos cuenten más; que al menos uno de los hilos narrativos llegue a su fin. Pero eso no se puede, como no se pueden decir todas las palabras en el interrogatorio—siempre hilos de vida trunca, no lineal, interrumpida. Porque la historia de vida cotidiana, burguesa, indi-

vidual, confiada se cortó. Y porque por eso mismo, en la Argentina, el quiebre es grieta presente presenciada.

Otra cosa notable: no hay localización exacta. Los nombres de las calles y los lugares ahí están. No sabemos exactamente dónde estamos, ni de qué casa, de qué colectivo, de qué centro se sacó a quién. Se pierde el sentido de orientación, como se pierde para la persona que tiene los ojos vendados y las piernas agrilietadas; para la historia nacional que coarta la historia nacional: para los que narran los momentos en sucesiones sin tiempo. El detenido está solo consigo mismo; le acompaña su sombra. La consigna es: "Quedarme conmigo. No dejarme sola ni por casualidad. Andar pegadita a mi sombra, aunque no la vea" (49). Los opuestos "no acordarse de nada" (50) y "acordarse de todo" son también consigna.

El encabalgamiento entre historia y memoria, la dinámica que entrama un castigo o frustración de la niñez con uno de la tortura, deja en claro los sentimientos y pone a cada contexto en su correcta dimensión, el callarse el enojo, el resentimiento chiquito contra los padres; el callarse en la celda. Sobresale la emoción que una escoja, quiera relevar y revivir. Por ejemplo, la tortura del cuerpo, el caso del prisionero y el hurón, "un bicho muy jodido cuando tiene hambre. Es una mascota parecida a la comadreja . . . cuando está con hambre, lo ataca al humano en partes como el lóbulo de la oreja, la nariz. Me hizo mierda la nariz el hurón, porque yo me dormía, y me empezaba a comer" (87), la mujer que va pariendo en el pasillo porque en la celda no la quieren atender y le dicen que camine y ella, "que ya está naciendo el chico, y me insiste que no me va a hacer el parto ahí. Entonces me levanto, con las piernas abiertas, la mano en la cabeza de mi hijo, que va saliendo, y camino así un trayecto que no recuerdo, hasta la sala de partos. . . . Mi hijo nace con una doble vuelta de cordón, sin gritar ni llorar" (76); el herido que es llevado como saco de papas al hospital, "ponían los tipos en las camillas con poca prolijidad, digamos. No era el padre o el hijo o el hermano, que trae a su papá o a su mamá y trata de acomodarlo para que no le cuelgue la pierna o para que la cabeza le quede en su lugar. Lo traían como si fuera una bolsa de papas, chorreando sangre por el piso" (63). Contraste y contrapunto suave. No que todos sean iguales, sino que todos, en su debido orden, son importantes, porque de y en ellos se adivina una relación; se entrevera un afecto; se destaca una agonía. El hermano compañero de útero, de casa, de ideas, de prisión, pero no de muerte. El padre gentil hasta en la desesperación y en la falta de fe. Afectos míos y tuyos y de aquél. La historia oficial y la historia desoficiada habla en libros reconstruidos a partir de estos afectos, del querer retener aunque sea la memoria del que fue, del que desapareció, del torturado, del exiliado.

Vale la pena enfatizar los momentos de tematización, de organización del material, de cómo se narra, de qué se elige para narrar, de cómo se compara y contrapone el afecto y el desafecto, de cómo se articulan las autoridades y de cómo se desplazan en el espacio público y el privado, la casa, el hospital,

vidual, confiada se cortó. Y porque por eso mismo, en la Argentina, el quiebre es grieta presente presenciada.

Otra cosa notable: no hay localización exacta. Los nombres de las calles y los lugares ahí están. No sabemos exactamente dónde estamos, ni de qué casa, de qué colectivo, de qué centro se sacó a quién. Se pierde el sentido de orientación, como se pierde para la persona que tiene los ojos vendados y las piernas agrilietadas; para la historia nacional que coarta la historia nacional: para los que narran los momentos en sucesiones sin tiempo. El detenido está solo consigo mismo; le acompaña su sombra. La consigna es: "Quedarme conmigo. No dejarme sola ni por casualidad. Andar pegadita a mi sombra, aunque no la vea" (49). Los opuestos "no acordarse de nada" (50) y "acordarse de todo" son también consigna.

El encabalgamiento entre historia y memoria, la dinámica que entrama un castigo o frustración de la niñez con uno de la tortura, deja en claro los sentimientos y pone a cada contexto en su correcta dimensión, el callarse el enojo, el resentimiento chiquito contra los padres; el callarse en la celda. Sobresale la emoción que una escoja, quiera relevar y revivir. Por ejemplo, la tortura del cuerpo, el caso del prisionero y el hurón, "un bicho muy jodido cuando tiene hambre. Es una mascota parecida a la comadreja . . . cuando está con hambre, lo ataca al humano en partes como el lóbulo de la oreja, la nariz. Me hizo mierda la nariz el hurón, porque yo me dormía, y me empezaba a comer" (87), la mujer que va pariendo en el pasillo porque en la celda no la quieren atender y le dicen que camine y ella, "que ya está naciendo el chico, y me insiste que no me va a hacer el parto ahí. Entonces me levanto, con las piernas abiertas, la mano en la cabeza de mi hijo, que va saliendo, y camino así un trayecto que no recuerdo, hasta la sala de partos. . . . Mi hijo nace con una doble vuelta de cordón, sin gritar ni llorar" (76); el herido que es llevado como saco de papas al hospital, "ponían los tipos en las camillas con poca prolijidad, digamos. No era el padre o el hijo o el hermano, que trae a su papá o a su mamá y trata de acomodarlo para que no le cuelgue la pierna o para que la cabeza le quede en su lugar. Lo traían como si fuera una bolsa de papas, chorreando sangre por el piso" (63). Contraste y contrapunto suave. No que todos sean iguales, sino que todos, en su debido orden, son importantes, porque de y en ellos se adivina una relación; se entrevera un afecto; se destaca una agonía. El hermano compañero de útero, de casa, de ideas, de prisión, pero no de muerte. El padre gentil hasta en la desesperación y en la falta de fe. Afectos míos y tuyos y de aquél. La historia oficial y la historia desoficiada habla en libros reconstruidos a partir de estos afectos, del querer retener aunque sea la memoria del que fue, del que desapareció, del torturado, del exiliado.

Vale la pena enfatizar los momentos de tematización, de organización del material, de cómo se narra, de qué se elige para narrar, de cómo se compara y contrapone el afecto y el desafecto, de cómo se articulan las autoridades y de cómo se desplazan en el espacio público y el privado, la casa, el hospital,

el cuartel de mecánica, el club. También subrayar la inmovilidad del cuerpo, el tabique en los ojos. Topografías y tipografías: los tipos de letras indican las voces, las subordinaciones, lo intercalado, lo impreso, lo oral. El uso de posesivos, me/yo, hacen de la muerte una única y sola; el careo histórico, mediante el afecto a los maltratados, nos hace tomar partido por ellos. Hay una (des)contextualización: todo ocurre como en un plano simultáneo. Ningún párrafo tiene explicación en su orden. Uno lo va armando, si puede; o si quiere. El contexto está en la manera de escribirlo y en la de leerlo.

El libro tiene tres partes. La primera ocurre en la Argentina. La segunda fuera de ella, en Europa, Israel, Canadá. La tercera en el retorno a la Argentina. La primera establece todos los parámetros de todas las acciones patrióticas que llevan a la despatriotización; que establecen las lecturas y las significaciones, los lugares y las actuaciones. La segunda ya es un deambular, una especie de nueva piel, donde sobresalen la enfermedad de una de las madres y el suicidio de uno de los padres que se cansó de “jugar al superhombre, de ese arduo trabajo de ser siempre razonable, ecuánime” (120). La tercera se empieza a escribir en los retornos, revisitar los lugares, el Club Atlético, presenciar la reescritura de la escritura testimonial en los periódicos.

En este extraordinario texto testimonial, la historia es colectiva porque asesinaron a mi hermano y al tuyo y al de ella y a los nuestros, hijos, novias, madres, abuelos “a nosotros/a todos nosotros” (200). Como lectora, quiero saber más de las historias personales, de los dramas cotidianos; me conmueve verlos crecer de niños para que los maten en la flor de la edad; me sorprende la conciencia de haber sido sorprendidos inocentemente jugando a la utopía, la falta de sospecha, la carencia de toda suspicacia respecto a las propias fuerzas y a la acumulación de fuerzas de los cuerpos represivos. Esta es mi misma generación y es mi misma historia, pero en otra parte; con los mismos libros, las mismas pasiones y significaciones, los mismos entusiasmos y las mismas ignorancias de cómo funcionan y ejercen los poderes, de cómo se nos echó encima y por sorpresa este otro acontecer.

Ileana Rodríguez  
*Ohio State University*